

¿En qué lugar se pierden las ayudas para los más necesitados?

Angel Rodríguez Kauth*

Resumen

Aun en los países más conservadores existen políticas sociales para los pobres, además de la propia política original, que es mantenerlos en tal estado de indefensión para lograr un "Ejército de desocupados". Ahora bien, la requisitoria de este artículo es averiguar en qué espacios perversos se diluyen las ayudas que –aun los Estados no asistencialistas– prestan a los más necesitados. Todo lo cual está especialmente referido al ámbito latinoamericano.

Palabras claves: políticas sociales, pobreza-América Latina.

Abstract

Even in the more conservative countries, there are social policies for helping poor people, besides their own original policy of maintaining them in such a defenseless status in order to obtain an "unemployed army". This paper aim is to find out where the assistance that –even those non-assistance countries– give to the neediest people. Of course, all of this is specially referred to the Latin American context.

Key words: Needy people, Social assistance.

Fecha de recepción: Junio 10 de 1998

La pobreza se ha convertido en el símbolo de la postmodernidad y del capitalismo, fenómeno este último al que algunos han pretendido añadirle el calificativo de *salvaje*, como si hubiera habido alguna expresión histórica del

capitalismo que no hubiera sido salvaje. Pero dejando de lado tal sutileza de la retórica, es preciso que nos preguntemos –y en voz bien alta, para que desde las alturas del Poder, o de los poderosos, no puedan hacerse los sordos o los desentendidos– a dónde van a parar las "ayudas," los fondos sociales destinados para los más pobres. Tales fondos fueron tomados de un saco común, que es la recaudación fiscal; recaudación que en nuestros países neoliberales a ultranza

* Director del proyecto de investigación "Psicología Política," en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de San Luis, Argentina.
(E-mail: akauth@unsl.edu.ar)

resulta ser de por sí perversa, ya que tanto los pobres como los ricos pagan la misma tasa impositiva por los productos de la canasta familiar básica que consumen por igual.

Algunos de tales fondos vienen a nuestros países latinoamericanos como “ayudas” de organismos internacionales, los cuales se encargan de cobrar sus buenos intereses a la hora de pasar la factura por sus “regalos”; mientras que otros fondos pecuniarios recalcan en nuestras tierras como parte de un programa de ayuda de organismos no gubernamentales. Obvio es que en el desarrollo de lo que sigue a continuación me referiré básicamente a las primeras, es decir, a los fondos públicos que se destinan a la asistencia social como un paliativo que sirva para ocultar las perversas políticas de ajuste económico a que tienen sometidos a nuestros pueblos. Todo esto con el afán de obedecer las señales que reciben nuestros gobernantes desde sus mandantes del norte, especialmente los que monitorean nuestras cuentas fiscales y el pago en tiempo y forma de capital más intereses de la que ha sido denominada por Fidel Castro (1985) como la *inmoral deuda externa* que nos agobia. Por favor, basta de “ayudas,” nuestros pueblos son capaces de arreglarse solos siempre y cuando no metan sus manos en nuestras faltriqueras los piratas de toda laya que nos acosan.

También quiero dejar en claro que escribiré especialmente fundamentado en lo que conozco de Argentina y algo

de España, pero no se me escapa que éste que voy a desarrollar es un fenómeno no casual ni extraño de un país. Por los datos que han llegado a mis manos, el mismo se extiende, cual un reguero de petróleo, por nuestros explotados y expoliados pueblos.

Que pobres ha habido siempre, ¿quién puede ponerlo en duda? Nadie que esté en su sano juicio. Pero, sin embargo, es preciso plantearse si esa situación de pobreza por la que atraviesan algunos –o muchos– individuos o grupos de una sociedad siempre se ha producido de la manera en que se está ofreciendo el espectáculo parafernático de pobres cada vez más pobres, a la vez que los ricos se vuelven cada vez más ricos. Más aún, cada vez es mayor el Ejército de soldados pobres, a la vez que cada día es menor el número de integrantes que componen el Estado Mayor de los ricos. Es una simple cuestión de transferencias de la riqueza a partir de lo que en un lenguaje –ya caduco dentro de la postmodernidad– se conoció como plusvalía y que otros analistas dieron en llamar, simplemente, explotación.

Pero éste no es el tema que se va a tratar en este texto. Lo que me interesa desarrollar es qué ocurre con los dineros aportados a la que se denomina la asistencial social, por parte de los estados neocapitalistas, los cuales recaudan aportes fiscales con tal objetivo. Si bien es cierto que la masa crítica de dineros con tal fin es cada vez menor, debido a la despreocupación de dichos estados por temas como la salud pública, la

educación pública, la justicia, la seguridad pública, etc., también es cierto que los presupuestos nacionales de tales estados reservan algunos fondos para asistir a los desocupados, a los menesterosos, a los carenciados, etc. Tales dineros salen del presupuesto público para ser destinados a niños desprotegidos y desnutridos, a mujeres golpeadas, a enfermos sin recursos económicos propios y a toda una larga lista de tareas asistenciales que salen a cubrir, en forma paliativa, el incumplimiento—o corrimiento—de los estados en lo que respecta a sus funciones básicas e ineludibles.

El tema en cuestión puede ser abordado desde diversos niveles o espacios de análisis. En su momento lo hice desde el de la Psicología Social, como cuando—en 1985—solicité al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas un subsidio para estudiar la “Psicosociología del aprendizaje de la pobreza”, el cual fue aprobado por dicho organismo en mayo de 1986. Pero ha pasado mucha agua debajo del puente, y actualmente se ha impuesto una nueva disciplina derivada de aquella Psicología Social madre, que hoy se llama Psicología Política. Teniendo en cuenta lo que señala Mota Botello (1990) acerca de que *toda Psicología Social es política*, considero prudente utilizar las herramientas de lectura que me facilita esta disciplina relativamente nueva en el escenario de ‘nuestra’ América Latina (Montero, 1987).

Es evidente que la pobreza de muchos genera la riqueza, o al menos la

subsistencia, de algunos. Sobre cómo es capaz de generar la pobreza de unos la riqueza de otros ya se ha hablado demasiado desde Marx en adelante hasta la fecha. Pero lo que particularmente me interesa aquí es tratar acerca de la subsistencia —a veces en excelentes condiciones—de algunos “otros,”¹ lo cual no ha sido suficientemente tratado.

Desde los años 70 en adelante el discurso verbal sobre la pobreza se ha agudizado—en el sentido de preocuparse por ella—, mientras que el discurso fáctico también se ha agudizado... al no atender los reclamos de los pobres. Mucho se habla y se escribe² acerca de la necesidad de estrechar la brecha entre pobres y ricos, sobre la dignidad intrínseca de los pobres, y hasta, incluso, de su presunta santidad, etc.; pero más bien, todo esto me suena a discurso cómplice de la convivencia con la pobreza y la complicidad viene dada —básicamente— con los sectores que acumulan riquezas a expensas de los que las pierden (Minujín y Kessler, 1995).

Hasta los años 70 lo que se dio en llamar “el Estado de Bienestar” intentaba, de alguna manera, paliar estas diferencias creando diversas formas de subsidios a la pobreza: Atención al hospital público, a la escuela pública, a las obras sociales de origen sindical, protegiendo los haberes jubilatorios más

¹ Que no pertenecen al sector exclusivo de los que explotan con su capital al trabajador que ocupan.

² Este escrito puede inscribirse dentro del largo listado en cuestión.

bajos con protecciones subsidiadas con el déficit fiscal, etc. Pero desde que apareció en escena lo que se conoce como *reaganomics*, el Estado de Bienestar se corrió a un costado³ y la pobreza interesa para los discursos electorales –tanto de gobernantes como de aspirantes a serlo–, a la vez que los pobres, tomados como personas de a uno, solamente son preocupación de las ya clásicas y antiguas sociedades de beneficencia, o cosa por el estilo. Incluso hasta ese entonces todavía existía la ilusión⁴ del mercado europeo y sus posibles réplicas latino-americanas que conllevaba la ilusión casi fantástica de la posesión del vehículo utilitario familiar.

Más aún, los sectores más reaccionarios –por entonces– no perdían oportunidad de hacer referencia denostativa a las picardías que hacían los pobres a los sistemas de la Seguridad Social. Se comentaba en voz alta que más de un beneficiado con subsidios a la pobreza, en realidad hacía trampas y no necesitaba tal subsidio. La realidad demoró poco en demostrar la falacia del argumento. Con el incumplimiento del Estado en lo que respecta a sus obligaciones sociales, se pusieron al descubierto estafas multimillonarias con jubilados que cobraban sus haberes habiendo muerto hace años. Pero quienes engordaban jugosamente sus faltriqueras con tan inmoral maniobra no eran los pobres

jubilados. Se trataba, en todo caso, de organizaciones delictivas crecidas en las mismas instituciones de administración de las jubilaciones y pensiones, bajo el amparo de sus directivos. También tuvo oportunidad de descubrirse que una buena cantidad de pensiones “truchas”⁵ eran concedidas por los propios legisladores de la nación a sus parientes cercanos. Ese dinero se le sacaba a quienes realmente lo necesitaban para transferírselo a otros que poseían mayores ingresos en sus haberes. Podría seguir casi hasta el infinito relatando episodios semejantes acerca de la “picardía” de los beneficiarios de los sistemas de seguridad social, pero creo que es innecesario; cada lector puede poner uno y mil ejemplos más de lo que vengo comentando. Pero no seamos ingenuos, seguramente algún necesitado en algún momento utilizó indebidamente el sistema, pero eso no justifica las críticas a que vengo haciendo referencia en términos de generalización.

No se trata de llorar sobre la leche derramada, es decir, por la pérdida del Estado Benefactor o, como lo describía Marx (1857/8): *“Es tan ridículo sentir nostalgias de aquella plenitud primitiva como creer que es preciso detenerse en este vaciamiento completo. La visión burguesa jamás se ha elevado por encima de la oposición a dicha visión romántica, y es por ello que ésta la acompañará como una oposición*

³ En realidad, el que se corrió fue el Estado tomado como un todo, lo cual dio lugar a una suerte de anarcocapitalismo (Rodríguez Kauth, 1994).

⁴ Del latín “ilusio.”

⁵ Término que se usa en la jerga popular para decir que algo es falso, tramposo o de mal origen.

legítima hasta su muerte piadosa". Es por tal razón que no intentaré rescatar las virtudes –y ocultar los defectos– del fenecido Estado de Bienestar, del recuerdo de las tasas de crecimiento de los "Treinta Gloriosos" en los Estados Unidos o el *New Deal* (Olivennes, 1996).

La pobreza estructural de buena parte de la población mundial necesita ser atendida desde los estados nacionales y desde organismos internacionales. Las consideraciones que a partir de ahora presente al respecto son válidas tanto para uno como para otro nivel de análisis, es decir, el nacional como el internacional. Para llevar adelante la tarea "asistencialista" ya mencionada se recurre a la colaboración de "expertos," que son los que se encargan de hacer un diagnóstico de la situación de pobreza de determinadas áreas, un pronóstico de su posible evolución merced a la "ayuda humanitaria" y, por último, proceden al reparto de los bienes –alimento, sanidad, educación, vivienda, etc.– entre aquellos que muy agradecidos y cabizbajos reciben una porción de lo mucho que les fuera sacado –robado– de sus legítimas pertenencias en la producción laboral.

Entre estos "expertos" a los que aludía en el párrafo anterior ocupan un papel destacado –por su participación– los economistas, los asistentes sociales, los sociólogos, los psicólogos, los médicos, los educadores y muchos otros profesionales de las llamadas *ciencias sociales o blandas* (Rodríguez Kauth, 1996b) que encontraron en este que hacer una forma

de ganarse la vida legítimamente. No pretendo –ni mínimamente– poner en duda la capacidad, honestidad y esfuerzo que ponen aquéllos para realizar su labor. Simplemente me pregunto –y le pregunto al lector– si él sabe cuánto cuesta el salario, los viáticos y otros gastos que se ocupan en atender a esta particular pléyade de servidores "terceristas."

Solamente quiero resaltar en este escrito que cada vez es mayor el número de profesionales que viven a expensas de la pobreza estructural que está ganando espacios día a día en todo el mundo; haciéndolo en proyectos que incluyen no solamente los paliativos a la pobreza de grupos o comunidades, sino también en proyectos que apuntan a evitar la marginalidad y lo que actualmente se ha dado en llamar la exclusión social. Pero, cabe preguntarse sin prurito alguno si con tantas "intervenciones sociales" se ha logrado erradicar la pobreza, generar empleo o, al menos, se han producido modificaciones estructurales en el sistema de reparto del Producto Interno Bruto que hagan innecesarias tales "intervenciones" programadas desde arriba para operar sobre la problemática del empobrecimiento a que se ven sometidos vastos y variados sectores poblacionales.

Vaya un ejemplo en el campo de la lucha contra las adicciones o las drogodependencias, las cuales se instalan en el marco de las conductas socialmente –deseabilidad social (Seligman, 1986)– no bien estructuradas y que conducen a

la marginación y exclusión social, según el discurso de la mojigatería, aunque en realidad están protegiendo el orden establecido y la seguridad de aquellos que impusieron tal orden en las relaciones sociales. Este campo de trabajo ha creado innumerables empleos a médicos, psicólogos y asistentes sociales que trabajan directa o indirectamente con los "pacientes" adictos, sin contar a los que reciben subsidios para investigar diferentes aspectos de la "problemática," tales como los sociales, bioquímicos y psicológicos, con sus respectivos entrecruzamientos. Sin embargo, con curiosidad advierto que son pocos (Rodríguez Kauth, 1995) los que se atreven a denunciar desde sus trabajos o investigaciones el negocio de la droga y toda la corrupción que éste genera. Sin ir más lejos, la Policía de la provincia de Buenos Aires se encuentra envuelta – públicamente – en escándalos de narcotráfico que han culminado con el brutal asesinato del fotógrafo José Luis Cabezas.

Los trabajadores asistencialistas dan la impresión de que ignoran esta realidad, miran para otro lado para no ver lo que es más que evidente, y se preocupan, pura y exclusivamente, por realizar de la mejor manera posible su tarea profesional, por la cual ganan sus salarios.

Otro ejemplo esclarecedor y poco conocido respecto al destino de los fondos para subsidios es el relacionado con los programas de capacitación laboral – también llamados de reinserción labo-

ral –, los cuales consisten en lo siguiente: Diferentes profesionales "arman" un equipo que durante tres meses le enseña alguna habilidad a un desocupado o parado. Luego el individuo está en condiciones de entrar a trabajar en una fábrica por el término de un año –o seis meses– a la fabulosa suma de ¡180 dólares mensuales!; pero eso sí, son netos de bolsillo, ya que no incluyen aportes previsionales ni tienen cobertura médico-social. Todo esto amparado por el Gobierno Nacional, que les ha conseguido –a algunos de los egresados del curso– trabajo en empresas que con este sistema tienen mano de obra barata, sin estabilidad laboral y que, sobre todo, no están obligadas a pagar ningún tipo de impuestos.

A todo esto, el equipo de profesionales ha llenado sus bolsillos con alrededor de treinta mil dólares por los tres meses de trabajo. No ha sido mal negocio para ellos, pero para los reinsertados... huelgan los comentarios.

Más arriba me he referido a la desatención del Estado en lo referente a financiar la educación pública y participar activamente en ella. Este es el momento de dejar en claro que tal desatención no significa que se gasten –no invierten– grandes sumas de dinero en tal rubro. Y digo que no se trata de una inversión, como debiera ocurrir en el presupuesto destinado a educación, debido a que frecuentemente no se presta atención a la mixtura compleja que se presenta entre *investigación y educación* (Ross, 1997). Dicho autor señala,

con acierto, a mi juicio, que los países “no exitosos” en materia educativa⁶ tienden a transplantar –acríticamente– los modelos y componentes de las políticas educativas de aquellos países que efectivamente han logrado sus objetivos de “éxito”. Y de esta forma también se están dilapidando los dineros destinados a quienes más lo necesitan. La escuela privada no necesita de controles ni de investigaciones que le permitan saber si está realizando “bien los deberes”; a ella le basta con saber la relación coste-beneficio por alumno para saber si funciona adecuadamente como empresa y, a través del control de la matrícula, controla que sus alumnos cumplan con el objetivo *éxito* propuesto por los modelos *light* y neoconservadores que las alimentan ideológicamente.

Es preciso que recurra a uno de los pensadores clásicos de la teoría sociología contemporánea –T. Veblen (1857-1929)– para entender, al igual que él, que existe una cierta concepción psicológica de la lucha entre las clases sociales, en razón de la cual los intereses creados de las clases poderosas se defienden contra los ataques amenazadores de las clases inferiores o –lisa y llanamente– del proletariado. Es por tal causa que Veblen le asignaba un papel privilegiado a la educación en cualquier proceso transformador o revolucionario y, en consecuencia, entendía –ya por la finisecularidad decimonónica– que era

comprensible que el Estado hiciera disimuladamente todos los esfuerzos posibles para desatender sus obligaciones en dicha área. En este sentido, más actualmente, A. Puiggrós (1996) señala acertadamente que los proyectos neoliberales –que también tienen su modelo en el campo educacional– llevan al “quiebre educativo,” con lo cual se va ahondando la brecha entre los sectores más desprotegidos de la población y los sectores que controlan el poder y la riqueza.

En cuanto al tema de la salud pública, la desatención del Estado se expresa de por lo menos dos maneras: a) la política de autofinanciamiento a que está siendo sometido este público, lo que hace que el hospital se vea obligado a vender sus servicios. Si vende servicios es obvio que solamente puede hacerlo a aquellos que están en condiciones de pagar, que no son precisamente las personas de condición más humilde, y que, normalmente, no tienen trabajo; b) el acosamiento a las obras sociales sindicales –o cualquier otra obra social de servicios de atención de la salud que tenga sus fundamentos en el principio de solidaridad–, lo cual se plasma en las idas y venidas que ha tenido el Proyecto de Ley de Desregulación de las Obras Sociales, en cuyo argumento central se encuentra el concepto de eficiencia versus el de la solidaridad (Cepal, 1997).

Otro de los rubros en que se patentiza lo que vengo afirmando es en el de la asistencia a la niñez desvalida. Frente al clásico asistencialismo caracterizado por

⁶ Y que no por casualidad son los que eufemísticamente son llamados en “vías de desarrollo”.

la internación en asilos de los llamados “niños de la calle” –o niños en condición de riesgo– se levanta el principio sostenido por la Convención de Costa Rica –compartido por la UNICEF– que tiende a destruir esta concepción que suele ser un lucrativo negocio, sobre todo para las organizaciones de orden religioso que reciben subsidios por la tenencia de niños –o chavales– en dichos asilos. De esta manera se priva a los niños de la posibilidad de tener una familia para pasar a integrar la legión de anónimos que anidan en “hogares” tipo cárceles. En estas instituciones es donde comienza el aprendizaje delictivo de estos adolescentes y jóvenes. Y a todo esto debe agregársele la parafernalia discursiva de cuán buenos y caritativos suelen ser estos hogares. Solamente lo hacen por “un puñado de dólares”.

Entiendo que ya es hora de ir dejando de lado los ejemplos e ilustrar al lector sobre los sinuosos y oscuros caminos por los que transitan los dineros que el Estado destina para asistir a los “carentados”.

Según cálculos oficiales argentinos⁷, solamente el 17% del total de lo que el Estado asigna –en su Presupuesto General de la Nación de Gastos y Recursos– a los sectores marginales y empobrecidos llega a poder de éstos. El 83%

⁷ Que siempre deben ser tomados con pinzas, ya que suelen ser engañosos en el sentido de beneficiar a la clase política que gobierna o tienen la pretensión de modificar o encauzar el pensar y el sentir del imaginario social al respecto.

restante se pierde en el camino por diferentes motivos: Corrupción dialéctica que se produce en la relación funcionario-empresario, gastos de publicidad de la obra que se está realizando, y lo que aquí me interesa destacar, salarios y otras formas en que se disfrazan las remuneraciones que se les pagan a los técnicos y a los profesionales que llevan adelante y con diligencia su humanitaria tarea.

En el modelo político tradicional en que se insertan los planes de apoyo a los carenciados, puede observarse que una sola organización, normalmente un ministerio –o diferentes para cada área específica– realiza(n) simultáneamente del rol de financista, comprador, proveedor, empleador, promotor y regulador de los servicios de todos estos rubros de tipo asistencial. Esta multiplicidad de acciones impide realizar una exhaustiva evaluación de los resultados –generalmente mal controlados–, baja productividad y deficiente utilización de los recursos invertidos.

Descentralizar estas labores y transferirlas a cada establecimiento sanitario o educativo permite que cada uno de ellos evalúe en qué le conviene invertir los dineros recibidos. De esa manera se evita que haya escuelas con modernas y sofisticadas computadoras en áreas geográficas que carecen de electricidad. Lo mismo ocurre con centros de salud donde se han instalado tomógrafos computados o aparatos de resonancia magnética nuclear... y no cuentan con vendas, alcohol o algodón para atender

urgencias. Pero –de todas formas– el maestro de computación cobra su sueldo, aunque no tenga cosa alguna que enseñar, y los médicos especialistas en imágenes cobran su salario a pesar de no tener los elementos antisépticos mínimos necesarios que les permitan colocar eficazmente la inyección de líquido de contraste para realizar una tomografía axial computada o una resonancia magnética nuclear.

Esta descentralización que estoy proponiendo es una buena forma política y económica de evitar la dilapidación de los dineros públicos, a la par que su eficaz utilización por parte de quienes los necesitan. En cada lugar en particular se conoce qué es lo que se necesita, y eso es lo que se compra o se contrata, sin necesidad de estar recibiendo a “ojos cerrados” aquello que no le hace falta y que podría estar reforzando otros espacios donde efectivamente es necesario.

Como es fácil entender, ésta es otra de las maneras en que se testimonia que solamente el 17% de lo destinado a los pobres llegue a ellos. Pero si se quiere contabilizar en el libro del “haber”⁸ esta manera de distribuir los recursos, entonces es sencillo observar que lo que efectivamente llega a los necesitados es un porcentaje sensiblemente menor⁹, ya que mucho de lo que se contabiliza

como entregado no puede ser usado eficazmente por sus destinatarios.

De manera que es posible observar que el Estado adquiere –por ejemplo– alimentos, para ser repartidos entre los necesitados, bajo los rubros correspondientes a la asistencia social directa bajo la forma de dádivas y a la indirecta como son la educación y la salud; pero esas compras, debido a su alto monto, suelen venir afectadas por lo que en el lenguaje de la corrupción se conocen como “coimas”. Además, es preciso tener en cuenta que desde el momento de la adquisición de los productos perecederos –por ejemplo, la leche– hasta que llegan a poder de los necesitados transcurre tanto tiempo que se vence su fecha de consumo y sólo sirven para que los caudillos políticos locales puedan hacer demagogia en actos que tienen mucha resonancia política, pero que resultan absolutamente ineficaces en cuanto al destino que se le pretendía dar a la mercadería.

En definitiva, lo que quería demostrar es de qué manera con la pobreza de muchos pueden comer algunos pocos, ya sea a través de actos corruptos o de acciones profesionales insospechables de tal calificativo. Pero, sobre todo estos últimos, tienen la característica de gozar con la complicidad silenciosa de quienes operan en el sector y pueden vivir merced a la pobreza. Para que tenga lugar el modelo de sociedad fragmentada y excluyente es preciso que exista la profesionalización terapéutica y asistencialista que interviene sobre las vidas de

⁸ En el lenguaje de los contadores públicos.

⁹ Los equipamientos a que estoy haciendo referencia suelen ser altamente costosos y afectan de manera notable los presupuestos de asistencia social.

aquellos a quienes pretende proteger y reinsertar en un sistema que se obstina... por continuar excluyéndolos.

Es preciso que tales profesionales tomen conciencia de la situación y busquen una alianza táctica y estratégica con los desposeídos para que éstos no tengan que vivir eternamente de la caridad pública y, en todo caso, puedan hacer su vida con dignidad dentro de un sistema que les ofrezca lo que hoy les está escamoteando: trabajo y utopías.

Una mención especial merecen aquellos profesionales del poder en su expresión capitalista. Son los que utilizan la política gatopardista de que algo debe cambiar para que todo continúe igual. Desde dicha posición de mando pretenden diseñar el estilo de vida de los otros a partir de la premisa de que ellos son los culpables de estar como están. Esto es lo que acusó en su momento Martín-Baró (1987) cuando habló de la indolencia inducida. Es decir, son los que fomentan la visión de que se trata de personas derrotadas y no solamente fracasadas, sino que incluso son los culpables de lo que les está pasando. Esto, psicológicamente hablando, es una eficaz manera de sacarse el sayo de encima y ponérselo—precisamente—a la víctima de las perversas políticas económicas que—por extraña casualidad—justamente han sido implementadas por ellos mismos. Si se quiere —y cargando un tanto las tintas de los adjetivos—, se podría hablar de personajes carroñeros, ya que viven de las miserias de los otros sin ver en el espejo la propia miseria

(Marx, 1847) con que mueven sus colas de pavos reales. Se trata de los mismos personajes que día a día reclaman mayor represión policial para terminar con las protestas de los *okupas* o de los desocupados que molestan su pulcritud pequeño-burguesa cuando pretenden reinsertarlos en el modelo de sociedad que los propios protagonistas desprecian porque resulta ser altamente excluyente y fragmentario. Al respecto, quisiera poner como ejemplo de lo que vengo diciendo al Asesor del ex Primer Ministro de Francia, el conocidísimo *bestsellerista* G. Sorman (1996), quien, desde su lujoso despacho en los Campos Elíseos, afirma que el liberalismo (económico) es una buena y eficaz salida para los pobres. Lo paradójico de esta afirmación es que la gran mayoría de los pobres transitan por esa condición social debido, precisamente, a las políticas financieras y económicas puestas en marcha al amparo de las concepciones del liberalismo económico.

Bibliografía

CASTRO, F. *Conferencia sindical de los trabajadores de América Latina y el Caribe sobre Deuda Externa*. (Acta de La Habana). La Habana, Editora Política, 1985.

MARTÍN-BARÓ, I. "El latino indolente". En M. Montero, 1987.

MARX, C. (1847) *Miseria de la Filosofía*. Buenos Aires, Ed. El Quijote, 1946.

— (1857/8) *Grundrisse*, Vol. 1. Buenos Aires, Ed. Siglo XXI, 1971.

MINUJIN, A. y KESSLER, G. *La nueva pobreza en la Argentina*. Buenos Aires, Editorial Planeta, 1995.

MONTERO, M. y otros. *Psicología política latinoamericana*. Caracas, Ed. Panapo, 1987.

MOTA BOTELLO, G. *Cuestiones de Psico-*

logía Política en México. México, UNAM, 1990.

NOTAS DE LA CEPAL. "El desafío de las reformas de salud." Naciones Unidas, Santiago de Chile, N° 601, 1997.

OLIVENNES, D. "El desencantamiento del trabajo." *Debats*, Nos. 57-58, 1996.

PUIGGRÓS, A. "Educación neoliberal y quiebre educativo". *Nueva Sociedad*, N° 146, Caracas, 1996.

RODRÍGUEZ KAUTH, A. *Lecturas psicopolíticas de la realidad nacional desde la izquierda*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1994.

— "Sobre los discursos entrecruzados de la pobreza, la riqueza y la violencia (una relación dialéctica)". *Realidad Económica*, N° 127, Buenos Aires, 1994a.

— "Bolivia, la cocaína y el nuevo orden mundial de la prohibición." *Iniciativa Socialista*, N° 37, Madrid, 1995.

— "La desocupación y la cibernética". *Cuadernos de Realidades Sociales*, Nos. 47-48, Madrid, 1996.

— "Ciencias duras vs. blandas: ¿Una disociación esquizoide o una relación perversa?" *Propuestas* (U.Nac.de La Matanza, Buenos Aires), año 2, N° 4, 1996b.

ROSS, K. "Investigación y política: Una mixtura compleja". *Carta Informativa del IIPE*, Vol. XV, N° 1, París, 1997.

SELIGMAN, M. *Indefensión*. Madrid, Editorial Debate, 1986.

SORMAN, G. "El liberalismo es para los pobres". *Perfiles Liberales*, N° 50, México, 1996.

TORTOSA, J. M. "Violencia y Pobreza: Una relación estrecha". *Papeles* (Cuestiones Internacionales de Paz, Ecología y Desarrollo), N° 50, Madrid, 1994.-

VEBLEN, T. (1899) *Teoría de la clase ociosa*. México, Fondo de Cultura Económica, 1964.